

SUICIDIO DEL ESPARTANO TIMÓCRATES, LEYES DE ADRASTIA Y MUERTE DE TEBINA: UN INCIDENTE MORALIZANTE EN LA OBRA DE TUCÍDIDES (II 92, 3)

THE SUICIDE OF THE SPARTAN TIMOCRATES, LAWS OF ADRASTEIA, AND DEATH OF TEBINA: A MORALIZING EPISODE IN THE WORK OF THUCYDIDES (II 92, 3)

Resumen: Tucídides describe la batalla naval de Naupacto y refiere que Timócrates, comandante espartano, antes de hundirse su nave se suicidó degollándose. Esta noticia nunca ha sido correctamente interpretada. El autor estudia las ideas vigentes en Grecia sobre los ahogados en el mar, así como el recurso al suicidio cuando las naves están a punto de naufragar y las creencias griegas sobre la desgracia que sobreviene al difunto cuando su cadáver es consumido por las fieras, las aves o los peces. La muerte de Tebina en una isla de la Polinesia, devorado por un tiburón, desató la rápida intervención de su familia para rescatar una parte del cuerpo, condenado a la extinción eterna si sus restos hubiesen desaparecido. Se trata de una analogía pertinente para entender el pensamiento griego. La acción de Timócrates fue necesaria e incluso heroica. Los atenienses, que recogieron el cuerpo y lo entregarían a los espartanos, cumplieron los deberes de la piedad.

Palabras clave: batalla naval de Naupacto, Timócrates, ahogados en el mar, suicidio, privación de sepultura, normas no escritas, leyes de Adrastia, Tucídides, deberes piadosos regidos por la tradición (θέμις, νόμιμα).

Abstract: Thucydides describes the naval battle of Naupactus and mentions that before his ship sank, the Spartan commander Timocrates committed suicide by slitting his throat. This incident never has been correctly interpreted. The author studies the prevailing ideas in Greece about those drowned at sea and as in the case of suicide when ships are about to sink straight to the bottom. He analyzes the beliefs shared by all Greeks about the misfortune that befalls the dead when wild animals, birds, or fish consume their cadaver. Devoured by a shark, Tebina's death near an island of Polynesia unleashed the rapid intervention of his family to rescue a portion of the body, thereby managing to save that youth from the fate of eternal extinction if his remains had disappeared inside the beast. At issue is an analogy pertinent to understanding the nature of Greek thought. Timocrates' action was necessary and even heroic. The Athenians, who retrieved the corpse, turned it over to the Spartans in accordance with religious duty.

Keywords: Naval battle of Naupactus, Timocrates, drowning at sea, suicide, denial of burial, unwritten law, laws of Adrasteia, Thucydides, religious duty governed by tradition (θέμις, νόμιμα).

Recibido: 28-05-2012

Informado: 07-06-2012

Definitivo: 02-07-2012

I. LOS ANTECEDENTES DEL SUCESO: LAS BATALLAS NAVALES DE PATRAS Y NAUPACTO

Según la narración de Tucídides, hacia finales del verano del año 429 a. C. (mes de septiembre) tuvo lugar una serie de contiendas que enfrentó a la escuadra y al ejército formado por la alianza lacedemonia con los acarnanios, primero, y posteriormente con la flotilla ateniense de Formión (Th. II 80-92). La campaña contra los acarnanios fue conducida por el navarca espartano Cnemo, pero las operaciones fracasaron ante la ciudad de Estrato a consecuencia de la falta de coordinación de las tropas bárbaras que servían como auxiliares en el bando lacedemonio. Mientras tanto, el estratego ateniense Formión guarnecía la plaza de Naupacto, en el golfo de Corinto, con veinte naves¹. Mas al advertir que un convoy enemigo de 47 barcos abandonaba su base de Corinto y marchaba, costeando el Peloponeso, rumbo a Patras, Formión decidió atacar aquella formación antes de que pudiese alcanzar aguas más espaciosas. Valiéndose de su rapidez y audacia, sorprendieron al adversario, tomándoles doce naves y hundiendo varias otras.

Cnemo se hallaba entonces en Léucade, de regreso de Acarnania, con el resto de la flota perteneciente a la liga del Peloponeso. Cuando las autoridades de Esparta conocieron ambos fracasos (el terrestre ante Estrato, el naval cerca de Patras), despacharon hasta aquella isla como σύμβουλοι de Cnemo a Timócrates, Brásidas y Licofrón. El plan consistía en que, con el asesoramiento de estos tres consejeros, el navarca espartano debía forzar otro combate naval más satisfactorio, para no permitir que unas pocas embarcaciones atenienses bloqueasen la salida desde el golfo de Crisa hacia el mar abierto. Gracias a las aportaciones de sus aliados, los espartanos lograron ahora reunir 77 naves (o bien 57, según transmite el código C de la obra de Tucídides), todas las cuales se concentraron en Rión de Acaya. Unos días más tarde, viendo que Formión no había recibido aún los refuerzos solicitados a las autoridades atenienses, Cnemo y sus asesores optaron por no demorar la ofensiva. Para su fortuna, esta escuadra de los peloponesios hizo valer en principio su situación de superioridad, llegando a apoderarse incluso de algunas de las naves atenienses y obligando al resto de la flotilla de Formión (diez naves) a refugiarse en el puerto de Naupacto².

2. SEGUNDO ACTO: EL FIN DE TIMÓCRATES

Sin embargo, el único barco ateniense que había quedado con su dotación intacta en pleno escenario del combate estaba siendo perseguido por una sola nave de Léucade, que se había adelantado al resto de la flota peloponesia. Entonces, aprovechando tanto aquella circunstancia como el hecho de que en la dirección de su rumbo se hallaba cruzado un carguero, que había echado el ancla, el barco ateniense dio un rodeo por detrás del mismo y, saliendo de proa, embistió en la zona central a la nave leucadia: el violento choque dio a pique con la embarcación de los isleños. El suceso levantó los ánimos de los hombres de Formión, que iniciaron desde Naupacto un contraataque, capturando seis embarcaciones peloponesias y recuperando las naves propias anteriormente perdidas, que eran llevadas en remolque por el enemigo.

¹ Formión fue uno de los diez estrategos elegidos para el año 429/8: *vid.* Fornara 1971, 55.

² El número de naves atenienses activas en este encuentro nunca se expresa; sabemos que la flotilla de Formión contaba con veinte efectivos (Th. II 86, 2), y tal vez se sumó algún otro barco de los doce capturados al enemigo en Patras. De las once embarcaciones

que escaparon al primer asalto de los peloponesios, diez se refugiaron junto a Naupacto y una siguió en mar abierto (fue la que hundió a la nave de Léucade; *vid. infra*); por lo tanto, las naves seriamente dañadas o capturadas serían, como mínimo, nueve, de las cuales sólo algunas pudieron ser remolcadas por el enemigo; cf. Busolt 1904, 980.

Hasta aquí la narración tucididea de tales operaciones. Pero los meros episodios bélicos encuentran cierre, curiosamente, con la siguiente noticia (II 92, 3): ἐπὶ δὲ τῆς Λευκαδίας νεώς, ἢ περὶ τὴν ὀλκάδα κατέδου, Τιμοκράτης ὁ Λακεδαιμόνιος πλέων, ὡς ἡ ναὺς διεφθείρετο, ἔσφαξεν ἑαυτὸν, καὶ ἐξέπεσεν ἐς τὸν Ναυπακτίων λιμένα. «En la nave de Léucade, que zozobró cerca del carguero, se encontraba el espartano Timócrates; cuando el barco se hundía, se degolló a sí mismo, y su cuerpo salió en el puerto de los naupactios».

¿Qué pudo inducir a Tucídides a precisar ambos datos, el suicidio y el hallazgo del cadáver de Timócrates? Era lógico y normal que el gran historiador informase sobre la pérdida de un personaje importante perteneciente al estado mayor lacedemonio³. La muerte en la batalla de uno de los cuatro comandantes que habían planeado la táctica naval contra Formión representaba una baja muy sensible en la siempre corta nómina de jefes y combatientes espartanos, además de exaltar indirectamente la victoria lograda in extremis por Atenas; pero todo ello no eximía a nuestro autor de ceñirse a la consabida brevedad y concisión que suele caracterizar su pluma cuando menciona en otros pasajes a los caídos de calidad durante un combate («en la lucha murió/cayó/fue gravemente herido el estratega X, o el comandante Y, o el hegemón Z»), sin detenerse a relatar mayores circunstancias explicativas⁴. Y es que, en efecto, existe una poderosa razón detrás de este asunto, tal como luego comprobaremos, que recomendó a Tucídides no sólo destinar un breve apunte a la forma “canónica” asumida por Timócrates para abandonar esta vida, sino también divulgar el feliz resultado de aquella grave resolución.

Extrañamente, sin embargo, ningún estudioso en la historia de la investigación parece haber concedido mayor relevancia a esta precisa apostilla, mediante la cual remata Tucídides su narración de las acciones militares desarrolladas en Acarnania y en el golfo de Corinto durante el año 429, hasta el punto de que resulta difícil encontrar algún comentario o una leve mención al especial óbito de este σύμβουλος espartano. En su prosopografía de los lacedemonios, Poralla se limitó a señalar que en el verano del 429 Timócrates participó junto con Brásidas, como consejero militar del navarca Cnemo, en la batalla de Naupacto y que halló en ella la muerte⁵. En su extenso comentario histórico de Tucídides, al llegar a este pasaje Gomme se interesa únicamente por la forma verbal ἐξέπεσεν y escribe: «su cuerpo fue arrastrado a tierra, y por ello el suicidio pasó a ser conocido; o bien el hundimiento de la nave de Léucade se produjo justo delante del puerto y todo lo sucedido pudo ser visto»⁶, sin llegar

³ Timócrates era, ciertamente, el πρῶτος σύμβουλος de entre los tres asesores militares, puesto que figura citado en primer lugar en la relación de Tucídides (II 85, 1); por detrás se hallaban Brásidas y Licofrón. Aunque en otro pasaje Tucídides (II 86, 6) escribió que Cnemo, Brásidas y los demás jefes peloponesios convocaron a sus hombres para arengarles, esta secuencia nominal sólo significa que Cnemo era el navarca responsable del ejército, y Brásidas el más famoso de los comandantes allí presentes, pero no supone que Timócrates hubiese perdido su primacía en el colegio, como acertadamente dedujo Ehrenberg 1936, 1264. Al cambiar el año, desaparecido ya Timócrates, Brásidas es mencionado en primer lugar dentro del grupo de asesores, lo que significa que se había convertido en el πρῶτος σύμβουλος del nuevo navarca Alcidas (Th. III 69, 1): *vid.* Kahrstedt 1922, 168.

⁴ Cabe remitir, por ejemplo, a la información suministrada por nuestro autor respecto a otro enfrentamiento contra los ambraciotas (Th. III 109, 1): «al día si-

guiente Menedeo tomó personalmente el mando, porque Euríloco, así como Macario, habían muerto». Euríloco era el comandante de las tropas; Macario y Menedeo los dos σύμβουλοι espartiatas que intervenían como consejeros militares (Th. III 100, 2). Tucídides se limita a registrar el óbito de ambos jefes, sin ofrecer detalles sobre la forma en que perecieron.

⁵ Poralla 1913, Nr. 699, 118.

⁶ Gomme 232 (*ad* II 92, 3). Sin embargo, ninguna de ambas hipótesis posee entidad: las heridas de un ahogado anónimo podían haber sucedido en combate (alguien lo hiere en el cuello), y resulta difícil creer que el suicidio fuese divisado desde el puerto, dado el desconcierto habido sobre la nave antes de ir a pique y que ignoramos a qué distancia se trabó el choque. En cambio, es muy verosímil que la acción de Timócrates fuese vista por alguno de los atenienses que embistieron y hundieron la nave leucadia, o que la narrasen en Naupacto los prisioneros leucadios recogidos del agua; unos

a preguntarse por los motivos de aquel acto aparentemente contranatural llevado a cabo por el jefe espartano, no obstante el dato de que ya veinte años antes Ehrenberg había aventurado la idea de que Timócrates se dio muerte quizá por considerarse responsable de la imprudente persecución del navío ateniense y del subsiguiente hundimiento del barco leucadio⁷.

3. PRIMERA JUSTIFICACIÓN DE LA CONDUCTA DE TIMÓCRATES

Así pues, por cuanto acabamos de indicar no estará de más recordar que Tucídides escribía para sus contemporáneos, y que para un griego del último tercio del siglo v a. C. la decisión del primer asesor espartano de Cnemo no precisaba de explicaciones: el paso dado por aquel combatiente estaba plenamente justificado; incluso más, fue una inteligente y provechosa acción. Digámoslo ya: Timócrates se suicida porque se halla absolutamente convencido de que va a perecer ahogado, y cualquier otra persona en su lugar debiera haber procedido de manera semejante; su respuesta era previsible, razonable y piadosa, desde el momento en que formaba parte intrínseca de su formación religiosa y estaba profundamente arraigada en sus parámetros culturales, amoldándose al orden natural fijado por los dioses. Analicemos, pues, los distintos ingredientes aportados por las corrientes del pensamiento griego, por las creencias religiosas y por las pautas sociales de la educación colectiva, que nos permitirán reconstruir las antiguas vivencias y reacciones individuales en torno a esta clase de suicidio. ¿Quién ignoraba la famosa historia de Arión el de Metimna, tan emotivamente descrita por Heródoto? Recordemos sus componentes: habiéndose embarcado en Tarento en una nave corintia, los miembros de la tripulación formaron el designio de echarle al agua con el fin de apoderarse de sus tesoros. Arión entiende la trama y les pide que se contenten con su fortuna, la cual les cederá muy gustoso con tal de que no le quiten la vida. Los marineros, sordos a sus ruegos, solamente le dieron a escoger entre matarse con sus propias manos, y así lograría ser sepultado después en tierra, o arrojarse inmediatamente al mar. Viéndose Arión reducido a tan estrecho apuro, pidióles por favor que le permitieran ataviarse con sus mejores vestidos y entonar una canción, antes de morir, sobre la cubierta de la nave, dándoles palabra de matarse por su misma mano luego de haberla concluido. Convinieron en ello los corintios, deseosos de disfrutar un buen rato oyendo cantar al músico más afamado de su tiempo; y con este fin dejaron todos la popa y se vinieron a oírle en medio del barco. Entonces el astuto Arión, adornado maravillosamente y puesto el pie sobre la cubierta con la cítara en la mano, cantó una composición melodiosa, y habiéndola concluido se arrojó de repente al mar⁸.

u otros serían quienes identificaron el cadáver. Por desgracia, la explicación de Gomme se repetirá eternamente (¡está en inglés!), y la mía quedará recluida *per saecula* en esta humilde nota.

⁷ Ehrenberg 1936, 1264. Que se suicidase por temor a caer prisionero viene a contradecirlo el famoso episodio de la isla de Esfacteria, donde cuatro años más tarde (425 a. C.) un grupo de espartiatas, jefes y soldados, en número de 120, se entregó a los atenienses desistiendo de oponer más resistencia; la rendición fue aprobada por las autoridades espartanas, que autorizaron a los hombres de Esfacteria a decidir su suerte por sí mismos, “sin hacer nada deshonesto” (Tucíd. IV 37).

⁸ «Según dicen, este Arión, que pasaba la mayor parte del tiempo en la corte de Periandro, tuvo el de-

seo de navegar hasta Italia y Sicilia: pero después de haber ganado mucho dinero, quiso marcharse de nuevo a Corinto. Zarpó entonces de Tarento, fletando un barco tripulado por gente de Corinto, porque en nadie confiaba más que en los corintios. Sin embargo, cuando ya se encontraban en mar abierto aquellos marineros urdieron el complot de hacerse con sus bienes arrojando a Arión por la borda. Arión, que se había percatado del plan, les imploró insistentemente, renunciando a sus riquezas y suplicando por su alma (ψυχὴν παραιτούμενος). No logró, es cierto, persuadirlos con sus palabras, sino que los marineros le ordenaron que se diera muerte él mismo, para alcanzar una sepultura en tierra (ταφὴ ἐν γῆ), o que saltase de inmediato al mar. Abrumado Arión por este apurado lance solicitó, ya que así lo tenían decidido,

En este relato figuran ya reflejados los principales ingredientes del drama de la muerte en el agua, incidencia que cabe diseccionar con precisión y cuyos aspectos esenciales examiné en otro trabajo⁹. En efecto, la descripción más exacta sobre el estado anímico de aquellas personas que se hallaban en trance de naufragar y sobre la terrible angustia que experimentan ante la certeza de ahogarse en el mar figura en una expresiva carta escrita por Sinesio de Cirene a su hermano Evoptio, puesto que el propio obispo de Cirene fue testigo y sujeto paciente de un episodio de presumible hundimiento de la embarcación donde viajaba (Synes., *Ep.* 5, 18). Durante una travesía que emprendió desde Alejandría a Cirene, Sinesio vivió personalmente aquella dura experiencia: en el ocaso del mismo día en que su nave zarpó del puerto egipcio el mar comenzaría a alterarse, y al rozar la medianoche el temporal era ya tan intenso que todo el pasaje, abatido por la desesperación, daba por seguro que el barco iría a pique. Presenciando los gritos, llantos y plegarias de sus compañeros de viaje, Sinesio rememora la suerte de Áyax, cuyo cuerpo se lo llevó el mar y quedó enteramente destruido después de haber bebido las saladas aguas (Hom. *Od.* IV 510 s.), y reflexiona luego sobre el amargo destino que Homero atribuyó al alma de aquel infortunado héroe, ya que como resultado de esa forma de aniquilación Áyax nunca habría conocido el Hades. Acto seguido, Sinesio se fija en la actitud que siguieron los distintos pasajeros y registra dos formas de comportamiento. Hay un grupo de soldados árabes, miembros de una unidad de caballería trasladados desde la plaza de Alejandría a la Pentápolis, que desenvainan sus espadas y le explican que prefieren quitarse la vida, para que su alma pueda salir al cielo, antes que perecer ahogados por la acción de las olas. En cambio, otra parte de las personas a bordo reaccionaron colgándose al cuello, mediante collares improvisados con cintas que proporcionaban las mujeres, cuantos objetos de oro o de parecida equivalencia llevaban consigo. Pensaban que de esta forma el cadáver del naufrago, si era arrojado por el mar a tierra firme o recogido por otra nave, podría cubrir los gastos de su propia sepultura, y quien tropezara con su cuerpo cumpliría las leyes de Adrastia, invirtiendo una porción de su fortuita e inesperada ganancia en los gastos de inhumación del cuerpo anónimo.

En la descripción de aquel incidente Sinesio recoge —y esto es lo que ahora concede especial interés a su narración— las dos facetas esenciales de aquella dramática tesitura; ambas reflejan con fidelidad las dos respuestas comúnmente adoptadas en tal percance. La primera desgracia irreparable que ronda al futuro naufrago, desgracia absolutamente ineludible si no sabe nadar, consiste en la pérdida y eliminación del alma, porque conforme a una idea antiquísima que encontramos testimoniada ya en los poemas homéricos (destino de Áyax), la asfixia en el agua impedía que, en el tránsito final de expirar, las almas abandonasen a través de la boca el cuerpo difunto y saliesen a las regiones aéreas (πρὸς τὸν ἀέρα τὴν ψυχὴν ἐρυγεῖν), quedando apresadas en la envoltura carnal y sufriendo acompasadamente su paulatina desaparición. Fuera por este motivo, fuera por desesperación o trastorno ante la convicción en las ulteriores consecuencias (nombrada-

que le permitiesen cantar vestido con sus mejores galas, puesto encima de la cubierta superior; y prometió que, después de haber cantado, él mismo se mataría. Muy gustosos ellos con la apariencia de que podían oír al mejor cantor de entre sus contemporáneos, se retiraron de la popa colocándose en la parte central del barco. Arión, vestido con todas sus galas, tomó la cítara, se situó en la cubierta y cantó el *nomos ortio* completo; cuando finalizó el *nomos*, él mismo se lanzó al mar tal como estaba, con todas sus galas» (Hdt. I 24). Conviene fijarse tanto

en el hecho de que Arión suplica para evitar que perezca su alma (ψυχή), expresión que a mí entender no vieren correctamente quienes traducen “suplicando por su vida” (más adelante veremos claramente por qué razones se trata del “alma”), como en la importancia que se concede a la ansiada necesidad de obtener una sepultura en tierra.

⁹ Vid. Fernández Nieto 1991, 17-22, cuyas líneas generales compendio. La carta fue escrita en octubre del año 407 d. C.

mente la carencia de sepultura), lo cierto es que la apelación al suicidio para anticiparse a la muerte en naufragio supuso un remedio en constante uso, desde tiempos homéricos hasta fechas tardías, en todo el Mediterráneo¹⁰.

La segunda obsesión compartida por todos los colectivos de la cultura griega, cuando no se puede evitar la muerte en el agua, se centra en implorar a los dioses que el cuerpo sea hallado antes de descomponerse por completo, para que reciba la correspondiente inhumación. Aun siendo conscientes de que su piadoso anhelo quedaba por completo en manos de la *Tyche*, no parecía menos cierto que convenía ayudar al destino dejando dispuestos cuantos medios hubiese al alcance para que aquellas personas que descubrieran el cadáver no pudieran excusarse de la obligación moral de concederles una sepultura. Efectivamente, la principal angustia que experimentan quienes advierten su próxima muerte en el mar proviene de la altísima probabilidad de quedar insepultos y, por tanto, de sufrir la desaparición íntegra del cuerpo, viéndose privados de honras fúnebres; con ello se pasaba a engrosar la nómina de los ἄταφοι, de las personas que carecían de tumba. Morir en el mar ahogado: tal era la peor contingencia que podía sobrevenir después del óbito, la κακὴ ἐξώλεια, la más aciaga forma de exterminación, acabar siendo pasto de los peces, ἰχθυόβρωτος¹¹. Padeecer ese destino siempre fue considerado por los griegos como una terrible maldición, proferida a menudo contra un enemigo, pues traía aparejada no sólo la privación eterna del sepulcro familiar, sino también que el alma —suponiendo que hubiese escapado por la boca antes de que el agua, anegando los pulmones, le sellase la salida—, imposibilitada de alcanzar el Hades juntamente con el cuerpo, vagase por el aire extraviada como un εἴδωλον¹². A la ira generada por su condición de βιοθάνατοι, que habían sufrido una forma violenta de muerte, los ahogados consumidos por los peces sumaban su carácter de inquietas ánimas en pena, nunca sosegadas y permanentemente dispuestas a causar daño. Por eso sus deudos solían levantar, junto a las playas o en lo alto de un promontorio marino, modestos monumentos funerarios vacíos, cuyo objeto era aplacar la malevolencia de tales espíritus; esos cenotafios contenían a veces el nombre del ahogado y conservaban su memoria mediante una anotación que mencionaba las circunstancias del accidente marítimo, aunque eludía pronunciarse sobre las consecuencias del mismo.

Numerosos relatos y leyendas daban testimonio de aquella preocupación colectiva, certificando cómo en torno a la temible suerte del cuerpo desaparecido en las aguas se había tejido una serie de lecciones morales encaminadas a estimular los buenos sentimientos individuales. Se decía que los ahogados en el mar proporcionarían en el futuro feliz navegación a quienes les habían dado sepultura, o bien les advertían con antelación en sueños antes de que se produjera un naufragio¹³. Cuenta una composición de la *Antología Griega* que un pescador sacó del mar la cabeza de un náufrago y sintió lástima de aquel hombre sin cuerpo; al excavar con sus manos un agujero en el suelo para levantarle un modesto túmulo, encontró allí dentro un tesoro escondido (*AP IX 52*), porque los justos, sentencia el epigrama, ven siempre recompensada su piedad. Otros textos se proponían evo-

¹⁰ Immisch 1931, 98-102; Simeon 1933, 71 s. Todavía Dión Crisóstomo (VI 42) nos dice que suele ser habitual que antes del hundimiento muchas personas prefieran degollarse. Por influencia de los griegos, esta creencia pasó sin duda a ser compartida por ese grupo de árabes de Alejandría, en lo que hay algo de transferencia de la magia.

¹¹ *Syll.*³ 997 (Sokolowski 1955, n.º 17, 48-50); Dölger 1922, 175 s. Desde luego, el ahogado cuyo cuerpo queda destruido tiene que renunciar por completo a “con-

tinuar viviendo” en el otro mundo, pues ya no podrá ser un “cadáver viviente”: sobre el concepto del *lebender Leichnam* a partir de Homero deben consultarse Schnauffer 1970, 148-151 y Hasenfratz 1982, 45.

¹² E., *Hec.* 950-952; Plu., *Moralia* 23 B; S.E., *P.* 3, 24, 227; Ach.Tat. V 16, 1-2; cf. Verg., *Aen.* IV 383; Hor., *Epod.* X 1 ss. (inspirado en una composición de Arquíloco); Prop. II 16, 3 s.; 24; 27; Ov., *Ib.* 339 s.; 385 ss.

¹³ *AP VII 77 y 584*; Cic., *div.* I 27, 56; II 66, 135; Val. Max. I 7, ext. 3.

car que hasta el último momento conviene mantener la esperanza, de forma que poco importa que los peces vayan devorando al ahogado si, finalmente, los escasos restos de su cuerpo acaban en tierra firme y reciben inhumación (*AP* VII 288). Se trata de la misma idea expresada por Petronio en el *Satiricón*, cuando sitúa a uno de sus personajes (Gitón) en mitad de una tempestad y le hace exclamar que, en caso de morir ahogados, ojalá el mar los arrastrase hasta una playa donde alguien, al pasar, los cubriera con piedras, o bien quedaran tapados por la misma arena que empujasen las olas. Este sufrido pensamiento no es romano, sino que refleja una tradición proveniente de fuentes griegas de la que se hizo eco Petronio¹⁴.

Para quien temía ahogarse, la mejor garantía de que su cadáver, si es que era recogido en el mar o llegaba hasta tierra, no permaneciese insepulto —eventualidad que también acarrearía la desaparición completa del cuerpo— consistía en el respeto a las denominadas leyes de Adrastia, preceptos que anteriormente mencionamos al comentar la carta de Sinesio de Cirene. Esta expresión no define ningún tipo de disposiciones o reglas legales oficialmente promulgadas, puesto que bajo el título de θεσμοί o de νόμοι Ἀδραστείας se abrigan un conjunto de prescripciones cuya eficacia dimana del deber religioso, perteneciendo a la esfera divina el castigo que puedan merecer los infractores; son, sin duda, lo que en el mundo griego se conocía como ἄγραφοι νόμοι. Tales normas se distinguían por no haber sido nunca expresadas por escrito en las recopilaciones legales de las πόλεις, sino que formaban parte del sedimento de las tradiciones patrias gracias a su práctica inveterada; frente a las leyes decretadas por los poderes públicos, estas otras funcionaban como reglas inmutables cuya formulación tanto se atribuía a los dioses como a remotos decálogos. Lo cierto es que las normas no escritas se habían configurado κατὰ ἔθνη, es decir, siguiendo la costumbre; su capacidad de intervenir en el marco social derivaba, por tanto, de la aceptación que tuviesen entre las distintas poblaciones de Grecia como principios de comportamiento que quieren ser vinculantes, o bien porque se integraban en contenidos de derecho positivo. De este modo, el respeto a los muertos y el deber de sepultarlos fue configurándose como una regla consuetudinaria atribuida a la divinidad: es un νόμος παλαιὸς δαιμόνων, en palabras de Eurípides, y sobre su incumplimiento se presumía una sanción divina. Solamente Atenas, parece ser, había establecido un texto legal que traspasaba la esfera de la costumbre y del imperativo moral para comprometer al conjunto de la comunidad. Eliano nos transmite el tenor de una ley ática, cuya redacción hace sospechar su venerable antigüedad, la cual prescribe que quienes encuentren un cadáver deben cubrirlo con tierra, habiendo colocado la tumba en dirección a poniente (*VH* V 14). En una de sus cartas refiere Alcifrón que los pescadores del Ática solían, después de una tormenta, localizar los cuerpos de los naufragos y enterrarlos, y cómo esta buena acción no carecía algunas veces de recompensa (*Alciph.* I 10, 4-5).

Gracias a estos testimonios, y particularmente a la narración de Sinesio en la carta a su hermano, cabría imaginar en qué forma concebían los griegos las “leyes” de Adrastia. Como encargada de impartir justicia en el reino de los muertos, Adrastia recibía a las almas libres de culpa, por lo que prescribía a quienes no lo estaban que supliesen sus faltas con buenas acciones, y convenía que éstas fueran iniciadas ya durante la vida. Sin duda, el respeto a los cadáveres, que entre otras obligaciones exigía inhumar a los insepultos, debía contar como una de sus recomendaciones, como un θεσμός de Adrastia, y con el tiempo se desarrollarían numerosos aditamentos a este principio general, que fueron concretándose en una serie de hábitos. De esta manera, los decretos de Adrastia no sólo preconizarían enterrar a los muertos, sino que además prohibirían la obtención de ganancias

¹⁴ Petron. 114, 11; *vid.* Latte 1929, 2295.

ilícitas o despojarle de sus pertenencias¹⁵. La reacción de los griegos que viajaban en la misma nave que Sinesio demuestra que desde mucho antes, tal vez ya desde la época clásica, se había extendido un recurso para fortalecer los mandatos de Adrastia: los objetos preciosos que el ahogado lleva colgados del cuello pueden ser retirados del cuerpo; no existe ofensa en esa acción ni se conculcan las reglas, porque el naufrago los ha destinado expresamente a su benefactor en concepto, como menciona Sinesio, de *τιμὴ ἐντάφιος*, de pago en compensación por los gastos del sepelio.

4. UN EJEMPLO ANALÓGICO DE LAS ANTÍPODAS: LA MUERTE DE TEBINA EN EL MAR

Para entender plenamente no sólo el proceso operativo que desencadena las reacciones personales, ante la creencia en la aniquilación del cadáver consumido por los animales y el subsiguiente impedimento de incorporarse al mundo de ultratumba, sino también los modos de activación de la solidaridad social en otros círculos culturales que desarrollaron pautas de pensamiento y ritos similares, posee extraordinario valor la dramática peripecia polinésica reseñada por Grimble, que logró describir vivamente por habérsela oído a un viejo maestro de la misión de Taraua (islas Gilbert). Reza así: «Tabanaora era el mayor de ocho hermanos que vivían en un poblado septentrional de Taraua. Tendría poco más de 30 años cuando Tebina, el menor, llegó a la edad de celebrar las ceremonias de iniciación a la virilidad... El muchacho las soportó sin el menor parpadeo... Pero la alegría de Tabanaora duró poco, porque Tebina fue devorado por un tiburón tigre el mismo día en que estuvo curado de las quemaduras de su iniciación. El tiburón lo cogió poco después de amanecer, mientras estaba pescando con caña y anzuelo, con agua hasta el pecho, en un banco de arena cercano al poblado. Lo vieron, desde la orilla, agitar súbitamente los brazos y desaparecer bajo el agua. Una docena de canoas registraron el banco, pero no se encontró el menor fragmento de su cuerpo.

No era sólo el dolor de la pérdida del hermano lo que abatía a Tabanaora, “sino también el temor de éste después de su muerte por el destino del alma”. Bautizado o no¹⁶, Tabanaora todavía creía en Nacaa, el guardián de la Puerta entre la Tierra y el Paraíso, donde se sentaba eternamente para estrangular a los espíritus de los infortunados difuntos cuyo camino de ultratumba no hubiese sido ritualmente enderezado. Y este postrer auxilio para Tebina sería imposible, y “por tanto estaría condenado a la extinción eterna”, a menos que se recuperase un miembro de su cuerpo para llevar a cabo las ceremonias. Pero Tabanaora aún conservaba una esperanza. El tiburón volvería probablemente el día siguiente a la misma hora al banco donde había efectuado su caza. Tal era el hábito de esos animales, y procedió en consecuencia. Se preparó para lo que tenía que venir luego, ayunando solitario todo el día tras las mamparas de su choza cercana a la laguna.

A la puesta del sol salió para cruzar la estrecha lengua de tierra y dirigirse a la playa exterior, llevando consigo su lanza de tres metros de madera endurecida al fuego. Trabajó toda la noche a la luz de la antorcha, acompañado por el mugir del oleaje, armando los lados de la lanza, desde la em-

¹⁵ Ganancia ilícita: el cadáver de un naufrago medio devorado, que salió entre las capturas tomadas por la red, es enterrado junto con todos los peces que han comido su carne; la venta de aquellas piezas habría sido *μὴ θέμις* (*AP VII 276*). Pertenencias: no debe despojarse al ahogado de sus vestidos (*AP VII 268*). Esto explica la famosa anécdota atribuida a Alejandro Magno, que habría impuesto a los llamados ictiófagos de Carmania y Gedrosia la prohibición de comer pescado, sin

duda porque fue informado de su costumbre de arrojar a los muertos al mar como pasto de los peces, de modo que asegurasen el alimento futuro: *vid.* Fernández Nieto 2001, 556 y nota 1416.

¹⁶ Bastantes nativos de estas islas habían sido evangelizados, algunos por un sacerdote católico, otros por pastores protestantes. Tabanaora fue bautizado por un miembro de la Sociedad Misionera de Boston.

puñadura hasta la punta, con los dientes afilados como navajas de los tiburones que él mismo había matado; el tiburón come al tiburón, como todo el mundo sabe¹⁷. Al amanecer se plantó desnudo en la playa, para solicitar la bendición para su obra terminada. El viejo maestro de la misión me repitió las palabras exactas del conjuro, que son:

*Levántate, Sol, levántate con propicia faz.
Levántate, Sol, ¡oh antecesor!
Levantaos, antecesores, Auriaria y Tabuariqui.
Levantaos, Dios y Jesús.
¡Oh Sol, y Dios y Jesús, bendecid mi lanza!*¹⁸

Así fortificado con la ayuda de todos los poderes que creía propicios, dio media vuelta y en silencio cruzó el tranquilo cocotal hasta la orilla de la laguna. Sin detenerse ni hablar, se introdujo en el agua. La gente del pueblo se agolpó silenciosa en la playa mientras con su lanza se dirigía al encuentro del asesino de su hermano.

El tiburón no le concedió la menor pausa. Ya se hallaba al acecho por los alrededores. Apenas había hollado el banco de arena cuando pudo verse una aleta dorsal dirigiéndose rectamente hacia él desde atrás. Los espectadores le advirtieron con un grito. Se volvió en redondo, vio el peligro, se hizo a un lado e hirió. La punta de su lanza brilló unos momentos en el recio costado del monstruo. Por unos momentos Tabanaora estaba a salvo: los tiburones tigre no pueden girar rápidamente. El animal no se detuvo hasta 30 metros más allá, para volver a la carga. Pero esta vez fue más cauto: empezó a describir círculos lentamente, que es lo que Tabanaora deseaba. Esto le dio oportunidad de medir las distancias conforme los círculos se volvían más estrechos. Cuando vino el ataque, estaba tan seguro de sí mismo que no se molestó en hacerse a un lado. Se plantó firmemente en el camino de aquella masa giratoria y emergente. Cuando las amplias mandíbulas se abrieron, lanzó todo su peso adelante, con los brazos rígidos, para introducir la punta de la lanza entre ellas. El propio impulso del tiburón concluyó la obra: los aserrados bordes de la lanza se enterraron de golpe 2,5 metros en las entrañas del animal. El encontronazo lo lanzó al aire agarrado a la lanza; el asta se rompió, y Tabanaora hundiéndose, para salir unos momentos después indemne y quedarse cruzado de brazos mientras el tiburón se debatía en su agonía sobre el banco de arena.

Luego lo arrastró por la cola hasta la orilla, entonando los himnos evangélicos enseñados por la misión. El animal fue llevado hasta su casa bajo las palmeras, donde abrió su vientre con sortilegios a Nacaa y a las sombras ancestrales. Los restos de Tebina, su hermano, se hallaban en el interior. Había suficientes, según pudo apreciar, para asegurar el feliz escape del espíritu del muchacho de la red estranguladora de Nacaa y para que, atravesando así la Puerta, pudiera llegar hasta Buru, Muaicu y Neineaba, las tierras de promisión más allá del horizonte del Poniente. Los piadosos ritos empezaron enseguida. Tanto la adivinación por las hojas como la adivinación por las piedras, efec-

¹⁷ Fíjese el lector cómo en el pensamiento de los habitantes de este sector del Pacífico se hallaba también vigente el principio mágico-religioso *ὁ τρώσας καὶ ἰάσῃται* “quien hizo la herida, también la curará (quien causó el daño, también lo remediará)”, que en el caso griego se halla enunciado en la historia de Télefo, herido por la lanza de Aquiles y sanado por el propio héroe con el hierro de su arma.

¹⁸ La invocación a Dios y a Jesús no deriva tan sólo del hecho de que Tabanaora fuese un converso y estu-

viese bautizado, sino que obedece en particular a una tendencia que los nativos de estas islas comparten con individuos de otros lugares y tiempos: conocedores de los prodigios que los predicadores atribuyeron a ambas denominaciones (Dios, Jesús), han decidido integrarlas como poderosos entes en sus rituales mágicos. Constituye un procedimiento común en la magia, que acumula nombres de potencias sobrenaturales con independencia de su origen. El Sol fue, sin duda, el único protagonista invocado en el conjuro primigenio.

tuadas a los tres días, mostraron que éstos habían sido plenamente eficaces»¹⁹. Gracias, por tanto, a la recuperación de una parte de su cuerpo, que se había beneficiado de los ritos previstos por la tradición para asegurar el cruce de una vida a la otra, Tebina había evitado la extinción eterna.

Mas para completar el marco de aquella conmovedora representación, disponemos también de un preciso informe que refleja las concepciones gilbertesas relativas al mundo funerario y a la figura de Nacaa, el guardián de la entrada al más allá, cuya red estranguladora era imprescindible eludir para trasladarse por mar hasta los campos elíseos de los antepasados (cosa imposible para Tebina si no hubieran rescatado del estómago del tiburón algunos restos del difunto): «antes de ir allí, ya había oído hablar de los fantasmas de la isla de Makin-Meang. La gente de Taraua, de Maiana y de Abaiang contaba que toda la raza gilbertesa durante más de treinta generaciones, según su cómputo (sesenta, según el mío), había considerado a la más septentrional de las islas del archipiélago como una especie de estación de tránsito entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Cuando alguien moría su espíritu debía, ante todo, trasladarse a lo largo de la cadena de islas hasta Makin-Meang. Habiendo alcanzado la orilla sur de ésta, debía caminar a lo largo de la isla hasta una hondonada arenosa en la punta norte, llamada el Lugar del Temor. Esto no era, en realidad, un nombre geográfico, sino la supersticiosa referencia al sitio donde se sentaba Nacaa, el Guardián de la Puerta, en espera de estrangular a todos los muertos en su terrible red. Un espíritu no podía alcanzar el paraíso sino pasando por la Puerta, y ninguna habilidad ni engaño de su parte podrían salvarlo de la red. Sólo los apresurados ritos familiares, ejecutados *corpore insepulto*, podían tener eficacia, y aun éstos se malograrían si cualquier extraño interponía su maldición.

No importa ahora el grado de verosimilitud de estas creencias. Lo que pesaba sobre Makin-Meang era su antigüedad y la intensidad con que eran sentidas. Cada metro de aquella isla soportaba el peso de los terrores y las esperanzas que en ella habían depositado, a todo lo largo de las Gilbert, sesenta generaciones de vivos, de moribundos y de muertos. La huella del pensamiento humano se percibía allí tan clara como la de unos pies en los caminos. Me paraba a pensar a veces si éste sería el motivo de que aquellos silenciosos indígenas de Makin-Meang pareciesen escuchar perennemente voces de ellos solos oídas. Eran corteses y amables, pero nunca quisieron hablarme del lugar donde se sentaba Nacaa. Cuando los interrogaba, ni siquiera intentaban cambiar de tema: simplemente bajaban los ojos y se encerraban en el más absoluto mutismo... Según me contaron, todas las sombras de los muertos, en las otras quince islas del grupo, se dirigían hacia el asiento de Nacaa por el camino que seguía la orilla occidental, mientras que los muertos de Makin-Meang utilizaban el de la playa Este... En el norte de la isla estaba el sitio que buscaba; en aquel yermo vacío no había nada que lo distinguiera de otros innumerables promontorios en las Gilbert. Se trataba de una hectárea, o poco menos, de roca coralina sacudida por el rugiente oleaje y poblada por bandadas de aves marinas de estridente chillido. Llegué hasta la punta donde chocaban espumeantes las olas de ambos lados. A partir de aquí las almas de los bienaventurados, salvada ya la red de Nacaa, emprendían la travesía por el mar para ir a reunirse con las de sus padres»²⁰.

5. LOS DAÑOS COLATERALES: ANIQUILACIÓN Y MEMORIA

Pero si la destrucción del alma de las personas que mueren ahogadas producía en la antigua Grecia, según creencia general, consecuencias irreparables para el destino futuro de la víctima, que ya no verá el Hades y vagará eternamente como espíritu colmado de rencor, la desaparición

¹⁹ Grimble 1955, 265-267.

²⁰ *Ibidem*, 187 s., 190.

física del cuerpo como pasto de los animales —en este caso de los peces— conducía a resultados no menos graves, todavía más profundos, desde el momento en que no sólo perjudicaba al propio individuo que perece, sino que envolvía asimismo a su familia, a la sociedad patria, a su linaje y a su descendencia. Esta forma de muerte destruye por completo su condición humana y elimina el puesto que debería haber ocupado en la memoria colectiva de las siguientes generaciones, ya que no puede ser devuelto al mundo de ultratumba por medio de las correspondientes ceremonias fúnebres ni contará jamás con la necesaria sepultura que mantenga su relación póstuma con el mundo de los vivos, que se ven privados de procurarles los deberes prescritos para los restos mortales.

Y no terminan aquí las desventuras, en particular para el varón que asumió noblemente el servicio de las armas en las campañas militares realizadas por su *pólis* de origen. La gloria perseguida o lograda en los escenarios de la guerra, los triunfos propios que le permiten sobresalir por delante del resto de los combatientes, todo se desvanece al instante, y el infeliz cuyo cuerpo se desintegra sin conocer la tumba pierde toda opción a la fama y al encomio de sus cualidades y méritos, pasando a alimentar la nómina de los seres innominados a la par que se aleja raudamente el recuerdo de sus hechos ilustres.

Muy atinadamente lo ha expresado Vernant a propósito de los héroes homéricos y de la eliminación del cadáver, a cuyas palabras remito: «Le morcellement du cadavre, dont les débris sont dispersés ici et là, culmine dans la pratique évoquée dès les premiers vers de l'*Illiade* et rappelé tout au long du poème, de livrer le corps en pâture aux chiens, aux oiseaux, “aux poissons”. L'outrage porte ici l'horreur à son comble. Le corps est mis en pièces en même temps que dévoré tout cru au lieu d'être livré au feu qui, en le brûlant, le restitue dans l'intégralité de sa forme à l'au-delà. Le héros dont le corps est ainsi livré à la voracité des bêtes sauvages est exclu de la mort en même temps que déchu de la condition humaine. Il ne franchit pas les portes de l'Hadès, faute d'avoir eu sa “part de feu”; il n'a pas de lieu de sépulture, pas de terre ni de *sêma*, pas de corps funéraire localisé, marquant, pour le groupe sociale, le pont de la terre où il se trouve situé, et où se perpétuent ses rapports avec son pays, sa lignée, sa descendance, ou même simplement les passants. Rejeté de la mort, il se trouve du même coup rayé de l'univers des vivants, effacé de la mémoire des hommes. Davantage, le livrer aux bêtes, ce n'est pas seulement, en lui refusant les funérailles, lui interdire le statut de mort, c'est le dissoudre dans la confusion, le renvoyer au chaos, à une entière inhumanité: devenu, dans le ventre des bêtes qui l'ont dévoré, chair et sang d'animaux sauvages, il n'y a plus en lui la moindre apparence, la moindre trace de l'humain: il n'est strictement plus personne» («El descuartizamiento del cadáver, cuyos pedazos son dispersados por aquí y por allá, culmina en esa práctica evocada desde los primeros versos de la *Iliada* y que recorre todo el poema, arrojar el cuerpo como pasto de los perros, los pájaros y los peces. El ultraje llega así al extremo del horror. El cuerpo es despedazado al mismo tiempo que devorado crudo en lugar de ser entregado al fuego, que al quemarlo lo restituye a su integridad formal en el más allá. El héroe cuyo cuerpo es de esta manera arrojado a la voracidad de las bestias salvajes queda al margen de la muerte, al mismo tiempo que le es negada su condición humana. Así no franquea las puertas del Hades²¹, a falta de haber dispuesto de su “parte de fuego”; no dispone de sepultura, túmulo o *sêma*, ni de restos funerarios localizables, señalados, por el grupo social, de ese espacio particular de tierra donde debería estar alojado y desde donde se perpetúan sus relaciones con su país, linaje, descendencia o, simplemen-

²¹ Recordemos a Nacaa, el Guardián de la Puerta, que impide la entrada a aquellos difuntos cuyos cuerpos no hayan pasado por los ritos previstos.

te, incluso con quienes pasan por delante. Expulsado de la muerte, al mismo tiempo se encuentra excluido del universo de los vivos, borrado de la memoria de los hombres. Pero entregarlo a las bestias no supone solamente negarle su funeral y con ello el estatuto de difunto, sino disolverlo en la confusión, reenviarlo al caos, a la inhumanidad más absoluta; al convertirse, dentro del vientre de los animales que lo han devorado en la carne y la sangre de esas mismas bestias salvajes, queda eliminada la menor apariencia, el menor trazo de su humanidad; taxativamente puede decirse que ha dejado de ser persona»).

Y prosigue con la siguiente consideración: «Le cadavre abandonné à la décomposition c'est le retournement complet de la belle mort, son inverse. A un pôle, la jeune et virile beauté du guerrier...; à l'autre pôle, ce qui est au delà du laid, la monstruosité d'un être devenu pire que rien, d'une forme qui a sombré dans l'innommable. D'un côté, la gloire impérissable qui élève le héros au-dessus du sort commun en faisant survivre dans la mémoire des hommes son nom et sa figure singulière. De l'autre, une infamie plus terrible que l'oubli et le silence réservés aux morts ordinaires, cette cohorte indistincte de défunts normalement expédiés dans l'Hadès où ils se fondent dans la masse de ceux que, par opposition aux "héros glorieux", ont appelés les "sans nom", les *nônymnoi*. Le cadavre outragé n'a part ni au silence qui entoure le mort habituel, ni au chant louangeur du mort héroïque; ni vivant, puisqu'on l'a tué, ni mort, puisque privé de funérailles, déchet perdu dans les marges de l'être, il représente ce qu'on ne peut pas célébrer ni davantage oublier: l'horreur de l'indicible, l'infamie absolue: celle qui vous exclut tout ensemble des vivants, des morts, de soi-même» («El cadáver abandonado a la descomposición supone el polo opuesto de la bella muerte, su exacto contrario. Por un lado, la joven y viril belleza del guerrero...; por otro, lo que está más allá de lo horrible, la monstruosidad de un ser convertido en menos que nada, de una forma hundida en lo innominable. En un polo, la gloria imperecedera que eleva al héroe por encima del común de los mortales, haciendo sobrevivir en la memoria de los hombres su nombre y su figura singular. En el otro, una infamia más terrible que el olvido y el silencio reservados a los muertos comunes, a esa cohorte indistinta de difuntos normalmente expedidos al Hades, en donde se confundirán con la masa de aquellos que, por oposición a los "héroes gloriosos", se ha dado en llamar los "sin nombre", los *nônymnoi*. El cadáver ultrajado no tiene derecho ni al silencio que rodea la muerte habitual ni al canto de alabanza del muerto heroico; no vive, puesto que se le ha matado, ni está muerto, ya que al ser privado de sus funerales, como desecho perdido en los márgenes del ser, pasa a representar lo que no puede ser celebrado ni en adelante olvidado: el horror de lo indecible, la infamia absoluta, aquello que le excluye a la vez de los vivos, de los muertos, de sí mismo»²²).

Claramente se comprende cuál debió ser la naturaleza de la angustia que invadía a Timócrates en aquel momento. Aunque su estado de ánimo fue capaz de superar la prueba decisiva y dándose muerte por su mano lograba superar el primer obstáculo (la liberación de la ψυχή), en cambio, cuando su cuerpo fuese tragado por las olas nadie podría saber qué curso reservaba *Tyche* a sus infortunados restos, si se vería sujeto a la más aciaga suerte de perdición (κακή ἐξώλεια) o alcanzaría la felicidad de que sus despojos mortales fuesen hallados y quedaran, aun en la forma más simple, al abrigo de la tierra (rito cumplido). El honor y la gloria, la fama y la memoria del nombre se hallan definitivamente empeñados, fuera de su control, y sólo cabía encomendarse a los dioses para que el cuerpo no acabase enteramente destruido por la mordedura voraz de los peces, implorando que alguno de sus restos obtuviese sepultura.

²² Vernant 1982, 68 s.

6. ALGUNOS OTROS EJEMPLOS DE LA CONVICCIÓN GENERAL

Subsisten ciertas informaciones adicionales que prueban sin rebozo cómo la desintegración del cuerpo en las aguas, dándose por hecho que los peces cumplirían su papel de aceptarlo como presa alimenticia, constituyó uno de los modos más resolutivos de exterminio. Por las consecuencias de ahí derivadas, arriba descritas, cuando alguien procuraba a sus enemigos —o no impedía— esta terrible adversidad su conducta era juzgada como un acto extremo de crueldad, desmesurado e ilícito, opuesto al orden de la justicia (παράνομος).

En el tramo final de la Guerra del Peloponeso transcurren dos casos que merecen nuestra atención. El primero es el famoso problema que agita Atenas a consecuencia de la batalla naval de las islas Arginusas (406 a. C.). El enfrentamiento de las dos escuadras se llevó a cabo con gran dureza; finalmente los atenienses lograron vencer a los barcos de la liga peloponesia gracias al ala derecha. Los espartanos perdieron 70 unidades, y lo que quedó de su flota huyó a refugiarse en Quíos y Focea. Pero la lucha fue tan encarnizada que naufragaron también trece trirremes atenienses, y doce más quedaron a punto de hundirse. Se calculó que, en total, 2.000 hombres se hallaban en el mar. De momento, los atenienses emprendieron la persecución del enemigo y nada hicieron por salvar a los naufragos. De vuelta a Arginusas, los estrategos celebran un consejo: Diomedonte quiere ante todo que se socorra a quienes se hallan entre los restos de los naufragos, pero Erasíndes propone ir a Mitilene para sorprender a Eteónico (comandante de las naves espartanas). Trasilo, estratego también durante la batalla, propone una solución que concilie la piedad y el deber militar. Finalmente se decide que una parte irá a destruir lo que resta de la fuerza naval de los peloponesios, y 47 navíos (al mando de los triararcos Trasíbulo y Teramenes) acudirán al escenario de la lucha para recoger naufragos y muertos. Lamentablemente, se ha perdido demasiado tiempo en la discusión y la tempestad retorna con más violencia; los dos jefes designados para la tarea humanitaria no pueden cumplir su misión; por si fuera poco, las tripulaciones se hallan muy fatigadas y la oposición es grande.

En Atenas la alegría por la victoria es grande, pero queda turbada por el dolor de cientos de familias. Se elevan voces, cada vez más irritadas, para preguntar si el salvamento de los hombres que estaban en el mar era verdaderamente imposible y si los generales cumplieron su deber. Los estrategos se ven forzados a completar un primer informe, en el que se explica que la tempestad no permitió recoger a los hombres caídos al mar. Pero debiendo redactar un segundo informe, se mostraron generosos y no quisieron lanzar la responsabilidad sobre sus subordinados, por lo que finalmente dejó de realizarse. El pueblo los destituye y añade dos nuevas personas al colegio de los estrategos en calidad de miembros ordinarios (Adimanto y Filocles). Ante el feo cariz que están tomando los acontecimientos, dos de los generales que habían luchado en Arginusas huyen (Protómaco y Aristógenes), lo que lanzó sobre los otros seis estrategos una inquietante presunción de culpabilidad. Y aquí empezó una serie de ilegalidades, fruto de la lucha política y del nerviosismo colectivo: acusados los estrategos por la vía de la rendición de cuentas (fondos manejados en campaña), acabaron echándoles en cara por qué no habían salvado a los naufragos y recogido a los muertos. La Boulé decreta que sean arrestados y remite la decisión al pueblo. La Asamblea interviene de inmediato; no les concede el plazo que prescribe la ley; a su vez, los estrategos se acusan mutuamente, pasando las culpas de unos a otros. El Consejo emite un *probouleuma* sobre cómo serán juzgados, sin haber planteado a la Asamblea si deben serlo. Además, como tales sucesos coincidían con la celebración de la fiesta de las Apaturias, íntimamente ligadas a las fraternías y a la organización familiar, un grupo de personas vestidas con trajes de duelo y con la cabeza rapada se prepararon para mostrar su indignación, como si fuesen los parientes de los ahogados. El Consejo admite la moción

de Calíxeno para que la Asamblea juzgue por decreto a los estrategos y decida sobre su inocencia o culpabilidad, condenándolos a muerte en el segundo supuesto. Reunida la Asamblea, uno de los supervivientes solicita venganza en nombre de sus camaradas muertos, alegando que éste era el mandato que traía de sus desafortunados compañeros. Acto seguido, los acontecimientos se precipitan y desbordan el control de las autoridades. Se presenta un decreto ilegal, que los pritanos rehúsan someter a votación, pero al final sólo Sócrates mantuvo su criterio. Y aunque se cambia sucesivamente el contenido de los decretos irregulares, se condenó a muerte a los ocho estrategos que dirigieron la batalla y la pena fue cumplida en la persona de los seis que se hallaban presentes en Atenas (dos huyeron). De poco sirvió el arrepentimiento posterior de los atenienses por semejante decisión²³.

No es el momento de abordar con detalle este intrincado conjunto de hechos, pero sí debemos señalar que la conmoción desatada en Atenas poseía una doble vertiente, política y religiosa, y no resulta conveniente que el estruendo provocado por esa primera faceta relegue la dimensión moral a un plano insustancial. En la exposición de los hechos realizada por Jenofonte se habla en general de los naufragos o de los hombres que iban en las naves siniestradas; parte de ellos se mantenía con vida, mas otros muchos cabe suponer que ya habían perecido o que se ahogaron pronto. Lo cierto es que el único error de los estrategos estribó en no haber concedido prioridad a la operación de recoger a los hombres que se hallaban en el agua (vivos y muertos), regresando a su base de las Arginusas después del enfrentamiento. Allí perdieron tiempo mientras deliberaban, aunque finalmente decidieran dividir la escuadra: una flotilla atacaría a las naves enemigas huidas a Mitilene, y 47 barcos regresarían hasta el lugar de los naufragios para cumplir una labor de salvamento de los supervivientes y de deber religioso para con los muertos. Ya vimos que una súbita tempestad les impidió realizar esa misión. ¿Pero podía reprocharse a los estrategos que hubiesen antepuesto el bien de todos los atenienses —perseguir al enemigo y asestarle un golpe definitivo en el mar, que podría decidir la guerra— al doloroso trance de permitir que cientos de compatriotas jamás recibiesen sepultura y fuesen destruidos por la voracidad del mar, dejando sumidas en el pesar y la amargura a muchísimas familias? Realmente, aquel áspero dilema tuvo que afectar no poco a su capacidad militar de reacción.

Por eso, creo que no están en lo cierto quienes, como Hatzfeld, consideran que «el fondo del asunto de las Arginusas es una cuestión de efectivos, no una cuestión religiosa»²⁴. Pues, por un lado, el número de bajas atenienses no debía causar tan grave preocupación. Como muestran las operaciones de guerra naval subsiguientes, hasta el 405 a. C. (Egospótamos), la marina se rehízo sin mayores problemas; además, se había obtenido el triunfo naval y, con seguridad, estaban ahora en poder de Atenas una porción de las 69 embarcaciones perdidas por la Liga del Peloponeso en Arginusas²⁵. Mas, por otro lado, se hace evidente que, con independencia del trasfondo de rivalidades políticas que bullen en Atenas y de la aversión popular hacia los estrategos —fruto en buena medida del nerviosismo causado por la intuición de que los azares de la guerra eran cada vez más adversos—, la tensión religiosa se había elevado hasta un nivel crucial, porque el dolor de tantas gentes frente a la irremediable certeza de que los cuerpos de sus deudos habían sido entregados a la κακή ἔξωλεια no consentía recibir otra forma de consuelo sino el castigo de los supuestos responsables. No conviene despreciar el testimonio de Diodoro, que tal vez tomó de Éforo, según el cual la actitud popular más extendida consistía en recriminar a los comandantes navales que una serie

²³ La secuencia de los hechos figura particularmente en Jenofonte (*HG* I 6, 28-7, 35) y Diodoro Sículo (XIII 101-103, 2).

²⁴ Hatzfeld 1966, 60, n. 1.

²⁵ El dato sobre el número de los barcos está en X. *HG* I 6, 34.

de personas que habían sacrificado su vida por la patria y por la hegemonía ateniense hubieran quedado insepultos (ἄταφοι)²⁶. Y el hecho de que un conjunto de personas se presentase ante la Asamblea con los trajes de duelo representó, desde luego, un instrumentado golpe de efecto para arrancar el castigo, pero no es menos cierto que parece haber sido secundado por numerosos parientes de las víctimas. El fondo religioso de este asunto, en suma, emerge a cada instante, como no podía ser de otra manera desde el instante en que atañe al muerto entre las olas, privándole de su fama y de su nombre, reenviándolo al caos y dejando impotentes a las familias, que jamás podrán tributarle ante la sepultura las ceremonias y ofrendas establecidas para los difuntos. El ahogado cuyo cuerpo desaparece acabó convirtiéndose en Atenas en un lastre muy pesado para el sentimiento privado y colectivo.

Sumo interés se desprende igualmente de cuanto sucedió en Lámpsaco después de la batalla naval de Egospótamos (405 a. C.). El general espartano Lisandro hizo transportar los restos de la flota ateniense y a todos los prisioneros hasta dicha ciudad; entre ellos figuraban los dos estrategos atenienses Filocles y Adimanto. Reúne luego a los aliados y les pide que deliberen sobre la suerte de los cautivos. Surgen entonces duras acusaciones contra los atenienses, que apuntaban también directamente hacia ambos comandantes. Los aliados de Esparta se quejan de que, al parecer, en una conferencia mantenida entre los marinos atenienses y sus jefes antes de la batalla naval se había tomado el acuerdo de cortar la mano derecha a todos los futuros prisioneros, y a esta acusación se agrega otra más grave, a saber, que Filocles había capturado en cierta ocasión dos trirremes (una de Corinto y otra de Andros) y había arrojado al mar a la tripulación entera²⁷. Como resultado de aquellas deliberaciones se resolvió ejecutar a los cautivos atenienses, cuyo número pudo oscilar, según los datos que conservamos, entre 3.000 y 4.000 hombres²⁸. Aunque la propuesta de haber cortado la mano derecha a cuantos prisioneros lograran capturar revestía, de ser auténtica²⁹, suma gravedad, es la falta imputada al estratego Filocles lo que debió sacudir de forma incontenible a quienes dictaron la condena de muerte contra los atenienses. Gracias al testimonio de Jenofonte en el pasaje ya citado conocemos que el motivo del fallo emitido por Esparta se basaba en denunciar a los atenienses de conducta ilegal por haber transgredido las normas comunes (en este caso normas no escritas), es decir, por haber cometido acciones contrarias a las costumbres griegas y a los principios que regulan el orden social (παρενενομήκεσαν / εἰς Ἑλληνας παρανομεῖν)³⁰.

Que el cargo de haber arrojado al mar a las tripulaciones de Corinto y Andros alistadas en aquellas naves, que se presentó muy especialmente contra Filocles, fue la pieza esencial del proceso y pesó decisivamente en el ánimo colectivo, lo reflejan con tersura dos circunstancias. Por una par-

²⁶ D.S. XIII 101, 1 y 6.

²⁷ X. *HG* II 1, 31 s. Plutarco asegura, en cambio, que la decisión tomada en asamblea consistía en cortar a los prisioneros el pulgar de la mano derecha, de suerte que no pudiesen empuñar la lanza, aunque sí manejar los remos (*Lys.* 9, 7). Esta variante introducida por el escritor de Queronea no resulta muy fiable, pues sólo una medida tan extrema (amputar la mano) como la señalada por Jenofonte habría sido la adecuada para privar al enemigo de remeros, asestando así un golpe al creciente auge naval de los peloponesios.

²⁸ Habrían sido tres mil según Plutarco (*Lys.* 11, 10; 13, 1), aunque Pausanias nos transmite la cifra de cuatro mil (*IX* 32, 9). Plutarco indica que Filocles fue al frente de sus conciudadanos para hacerse degollar.

²⁹ Algunos estudiosos, en efecto, suponen que esta decisión, si es que llegó a discutirse, nunca habría sido llevada a la práctica, o bien que Jenofonte reprodujo aquí un infundio ideado para dañar la imagen de Atenas ante los griegos en un momento en que la guerra psicológica se había levantado a un primer plano. *Vid.* Ducrey 1968, 65, n. 5. Desde luego, lo que sí hace Jenofonte es destacar la generosidad, bien corta por cierto, de los espartanos, que perdonaron al estratego Adimanto por haber sido el único que, según las noticias llegadas, se habría opuesto a que les cortaran la mano (*X. HG* II 2, 32).

³⁰ X. *HG* II 1, 31 s.

te, resulta significativo el modo que tuvieron de tratar al estratego Filocles, a quien dio muerte degollándolo el propio Lisandro como una ejecución ejemplar, después de haber preguntado a la víctima si ella misma no consideraba haberse hecho acreedora de ese final y esa pena³¹. Por otra, no es menos relevante que en la memoria posterior se mantuvo viva la idea de que los espartanos y sus aliados habían dejado sin sepultura a todos los ajusticiados: Pausanias es la única fuente sobre este atropello, y no se limita a señalar que semejante conducta trajo consigo oprobio y censuras (ὄνειδη) para Lisandro y los aliados de Esparta, que se pusieron al nivel del propio Filocles al pagarle con la misma moneda, sino que manifiesta expresamente que sus restos mortales no recibieron el manto de la tierra (οὐδὲ ἀποθανούσιν ἀπήνεγκε γῆν sc. ὁ Λύσανδρος), forma probablemente eufemística de recordar que todos los cuerpos de los ajusticiados acabaron en el mar, corriendo la funesta suerte de los ahogados³². Después de todo lo que hemos examinado, parece más que evidente que la ira y resentimiento de los adversarios de Atenas nació no tanto del hecho de que truncaron la vida de las dotaciones de ambas trirremes —pues el vencedor dispone en Grecia libremente del destino de su prisionero— cuanto de la forma de aniquilación buscada, que los entregó como pasto a los peces y acabó con su nombre y memoria. De este modo, a la tragedia vivida un año antes por centenares de familias atenienses después del episodio de las Arginusas se le sumaba ahora un nuevo motivo de desesperación para otras muchas, como fue la ejecución de las dotaciones apresadas en Egospótamos y su aniquilación en el mar.

Otro episodio digno de consideración tuvo como protagonista a Filipo II de Macedonia y transcurrió durante la 3.^a Guerra Sagrada, dirigida contra los soldados y mercenarios focidios que saquearon Delfos. Después de haber derrotado en la llanura de Croco a las tropas conducidas por Onomarco, causando seis mil bajas al ejército de la Fócide, los macedonios y demás aliados de la anficionía délfica hicieron tres mil prisioneros (352 a. C.). Su suerte fue terrible: para intimidar con un escarmiento tanto a los focidios (que seguían en guerra) como a todos los que osaran arrebatar los bienes al santuario de Apolo, Filipo ordenó darles muerte y arrojarlos al mar, dada su condición de sacrílegos (ὡς ἱεροσύλους κατεπόντισεν)³³. Refiere Pausanias que Filomelo, el primer comandante de los focidios en esta guerra y que llegó a tener a sus órdenes diez mil mercenarios, a raíz de la derrota focidia frente a los tebanos cerca de la ciudad de Neón se arrojó, cuando huía, desde una elevación escarpada, produciéndose la muerte (354 a. C.); y añade que «justamente era ése el castigo reservado por los anficiones para los sacrílegos»³⁴. Este comentario del Periegeta induce a pensar que Filipo no se limitó a cumplir la costumbre de la Anficionía délfica, derrocando a los culpables, sino que aplicó una pena incrementada consistente sin duda en quitarles previamente la vida y echar desde un cantil sus cadáveres al mar. Cuando se conociera la noticia, aquella dura lección dictada por el rey macedonio tuvo que impresionar a los griegos. No cabía concebir un destino menos glorioso y más lleno de ignominia para quienes en algún momento, después de saquear el santuario, podían creerse abrazados por la fama que los grandes hechos de armas prestan al vencedor. Lo ocurrido emitía una clara advertencia, a saber, que sobre los sacrílegos recaería la peor forma de aniquilación: privados de sepultura y consumido su cuerpo por los peces, pasarían a engrosar el número de los seres malditos, infames e innominados, tragados por el caos. Aun así, la guerra continuó hasta el año 346.

³¹ Sobre la ejecución de Filocles puede verse X. *HG* II 1, 32; D.S. XIII 106, 7; Plu. *Lys.* 13, 1. Y es que Filocles había sido declarado el principal responsable de la destrucción total (διὰφορά) de las tripulaciones de Corinto y Andros (*HG* II 1, 31: ὅς τούτους διέφθειρεν).

³² Paus. IX 32, 9.

³³ D.S. XVI 35, 6.

³⁴ Paus. X 2, 4.

A tales datos conviene añadir la noticia suministrada por varias fuentes sobre la frenética actitud de los locrios epicefirios respecto a la familia del tirano Dionisio II de Siracusa. Habiendo llegado Dionisio en cierta ocasión a la ciudad de los locrios (Locros Epicefiria), pues Dóride, su madre, había nacido allí, se adueñó de las casas de las personas más notables y, tras cubrir los suelos con pétalos de rosas, tomillo y otras flores, ordenó traer a las hijas de los locrios y abusó de ellas en la mayor de las locuras. Pero aquel crimen no quedó sin castigo, pues cuando Dión derribó su tiranía (357 a. C.), entonces los locrios prostituyeron a la mujer y a las hijas de Dionisio. Todos las llenaron de agravios, en particular los parientes de las vírgenes deshonradas por Dionisio. Y cuando se hartaron de violarlas, las mataron después de clavarles agujas debajo de las uñas de las manos. Machacaron sus huesos en morteros y, tras separar la carne de los huesos, maldijeron a quienes no la comieran. Finalmente, los restos que todavía quedaron los arrojaron al mar³⁵. Esta tenebrosa historia, bastante novelada, mantiene sin embargo intacta la creencia griega en que la aniquilación perfecta pasa por lograr que el cuerpo sirva de alimento al mar. Y no deja de causarnos asombro de qué manera se efectúa la supresión definitiva del sepulcro, del nombre y del recuerdo de aquellas mujeres, pues son los propios locrios quienes, reemplazando a los carroñeros, a los cánidos y a las aves, dan buena cuenta de la carne de las infelices, mientras los huesos y demás restos del crimen son encomendados a los peces del mar para que borren el último vestigio de la persona. Curiosamente, años más tarde (353/2 a. c.) también la mujer de Dión, su hermana y su hijo pequeño conocieron idéntico final, pues se dice que Hicetas de Siracusa ordenó que sus cuerpos fuesen arrojados al mar³⁶.

Resulta además significativo que la decisión de arrojar el cadáver al mar, después de una ejecución, constituya en Grecia una pena accesoria para varios tiranos que fueron violentamente derribados del poder. Así le sucedió al tirano Procles de Epidauro, que recibió muerte a manos de los amigos del ateniense Timarco y echaron su cuerpo al mar³⁷; la misma suerte corrió el tirano Aristómaco de Argos, a quien aplicaron dicha medida Antígono Dosón y Arato en el año 223 a. C.³⁸. Tal vez este ensañamiento *post mortem* obedezca al hecho de que a ciertos tiranos se les imputaba que habían tratado de este modo a algunos de sus enemigos políticos o a simples particulares como castigo cruel. Según Teopompo de Quíos (*FGrHist* 115 F 227=Ath. X 442 F-443 A) el tirano Cleommis de Metimna hizo meter en sacos, cuya boca cosió, a tres o cuatro rameras que le habían criticado, ordenando que fueran lanzados al mar; y añade nuestro autor que lo mismo habría hecho, al parecer, el tirano Periandro de Corinto. A Procles, ya mencionado, se le imputaba el haberse deshecho del ateniense Timarco por medio de un sicario y haberlo arrojado al mar encerrado en una cesta³⁹. Es probable que a partir de estos casos reales se hubiera atribuido a casi todos los tira-

³⁵ Str. VI 1, 8 (C 260); Ath. XII 541 E; Plu., *Timol.* 13, 10; *Moralia* 821 D; Ael. *VH* IX 8. Sin embargo, según Estrabón y Plutarco, después de darles muerte quemaron los restos y molieron los huesos antes de arrojarlos al mar. Según Plutarco (*Moralia* 821 D), también las cenizas fueron dispersadas en las aguas (τὴν τέφραν κατέσπειραν), privando a aquellas infelices definitivamente de sepultura (la cremación justifica que los huesos fueran molidos, puesto que una parte de los mismos no desaparece cuando la pira ya se ha consumido: de esa otra forma era seguro que las cenizas y los huesos, últimos restos materiales de los cadáveres, serían aniquilados por el mar).

³⁶ Sobre el final de los tres familiares de Dión corrierán dos tradiciones. Según una, la más piadosa, fueron degolladas previamente (para que su alma saliera del cuerpo); pero según otra, sufrieron la venganza más cruel, puesto que habrían sido lanzadas al mar estando todavía vivos (καταποντίσας ζώντας); *vid.* Plu., *Dio* 58, 9; *Timol.* 33, 4. Esta información procede probablemente de Timeo: Berve 1956, 120 (860), n. 2.

³⁷ Plu. *Moralia* 403 C-D. Procles fue el suegro del tirano Periandro de Corinto; su vida transcurrió, parece ser, entre finales del s. VII y comienzos del VI a. C.

³⁸ Plb. II 60, 8; Plu., *Arat.* 44, 6.

³⁹ Plu. *Moralia* 403 C.

nos el descrédito de acciones similares, propagándose el cuento como cierto. Un caso, por último, que guarda semejanza con el de los tiranos es el del ateniense Hipérbolo: desterrado de Atenas a Samos por su radicalismo demagógico, cuando los samios llevaron cabo en el 411 a. C. una revuelta oligárquica lo condenaron a muerte y lo echaron al mar encerrado en un saco o en un odre⁴⁰.

Semejante valor encierra una tradición que circulaba en Grecia sobre la recomendación final de Diógenes el Cínico. Cuenta un antiguo escritor (Ael. *VH* VIII 14) que hallándose afectado Diógenes por una enfermedad mortal fue arrastrándose como pudo y se precipitó desde un puente situado junto al gimnasio, pues había ordenado al inspector del gimnasio que lo lanzasen al río Iliso después de comprobar que había fallecido. Y Eliano apostilla: tan poca atención prestó Diógenes a su muerte y sepultura. A su vez, Diógenes Laercio (VI 79) relata que, según algunos, el filósofo había dado instrucciones en el momento de morir para que lo dejasen insepulto y servir de alimento a todos los animales salvajes, o bien de que lo arrojasen a un hoyo y amontonasen algo de polvo sobre su cuerpo; pero, según otros, pidió que lo tirasen al río Iliso, para reportar utilidad a sus hermanos. Sin duda, esta historia es el resultado de una tradición sobre el interés, alguna vez mostrado por el filósofo, de que su cuerpo desapareciese sin dejar rastro ni sepultura y que su nombre se borrara con él, tradición que conoció varias versiones. Naturalmente, nuestra atención debe centrarse en la versión relativa al río Iliso, que representa la modalidad de acabar como *ιχθυόβρωτος*, y en esta decisión vemos que no sólo influye la idea de conseguir la más completa destrucción corporal, sino también el deseo de efectuar un último servicio a sus discípulos y a otras personas, ya que los peces que comiesen sus restos eran el futuro alimento de quienes seguían con vida⁴¹. Proporciona así cumplido ejemplo de indiferencia y menosprecio por lo que hubiese después de la muerte, de incredulidad ante la posición común, a no ser que se trate de una simple leyenda en la línea de las calculadas y efectistas formas de abandonar el mundo atribuidas a muchos filósofos⁴².

EPÍLOGO: LA FUNCIÓN MORAL DEL EPISODIO DE TIMÓCRATES

Regresemos ya al suceso que dio origen a nuestro estudio. Es patente que Tucídides podría haberse limitado, al finalizar la descripción del encuentro naval frente a Naupacto, a señalar que uno de los componentes del estado mayor lacedemonio, Timócrates, primer asesor del navarca Cnemo,

⁴⁰ Theopomp. *Hist. FG rHist* 115 F 96 a-b (96 a: en un saco; 96 b: en un odre). Como relata Tucídides (VIII 73, 3), Hipérbolo fue asesinado en Samos porque tenía fama de ser hombre lleno de maldad y porque representaba una vergüenza para la ciudad de Atenas, retrato y descripción que aproxima su figura a la de los antiguos tiranos.

⁴¹ Sartorio 1986, 115, n. 127, no ha entendido la realidad de este asunto cuando escribe que, un "cínico" como Diógenes, al hablar de sus hermanos «debe referirse a los perros, aunque parece que quienes salgan beneficiados sean los peces. Tal vez el pasaje esté trastocado y deba leerse: ... esparcieron un poco de polvo sobre su cadáver, para poder así ser útil a sus hermanos». No, no hay aquí ningún sentido figurado: el pasaje es irrefutable y debe interpretarse como hacemos arriba. Es más, este relato alude implícitamente al absoluto desprecio de Diógenes por las convenciones generales,

pues ya dijimos que los peces que han ingerido semejante clase de pasto se tienen por contaminados y no sería religiosamente lícito consumirlos (*supra*, n. 15).

⁴² Como los tránsitos a la muerte por dejar de tomar alimentos que, al decir de algunas fuentes antiguas, habrían protagonizado Anaxágoras, Cleantes, Demócrito, Demonacte, Dionisio de Heraclea y Zenón de Citio; pero mayor fama alcanzó la leyenda del suicidio de Empédocles, arrojándose al Etna para ser venerado como un dios. Todas estas historias han sufrido la influencia no sólo del precedente que justificaba la inmortalidad de Heracles (por haberse arrojado a una hoguera en el monte Eta), sino también de los ascetas y filósofos desnudos de la India que, según la tradición, conocida en el occidente antiguo, acababan sus días inmolándose en la pira, o bien practicaban el suicidio por inanición (*Leyes de Manu* 6, 31); *vid.* Fernández Nieto 2001, 526 y n. 1318.

había perecido en la batalla. Sin embargo, las especiales circunstancias que rodearon su muerte llevaron a nuestro historiador a construir una brevísima, aunque instructiva secuencia narrativa que diera estado de las dos circunstancias sucesivas que marcaron el destino de Timócrates. El primer acto lo representa el suicidio del espartano antes del hundimiento del barco de Léucade, suicidio recomendado por las más antiguas doctrinas y convicciones griegas en función de la necesidad de que el alma no sufriese desaparición. No hubo en esa decisión ningún aspecto reprochable, ni mucho menos una muestra de cobardía o de desesperación irracional por considerarse responsable del naufragio, como especuló Ehrenberg, sino la adopción de una medida consecuenta y lógica a tenor de los valores religiosos imperantes, valga decir un paso lleno de entereza y de respeto hacia su propia persona, que lograría entonces *πρὸς τὸν ἀέρα τὴν ψυχὴν ἐρυγεῖν*. Tan ejemplar fue la muerte de aquellos afamados espartanos que se inmolaron en el desfiladero de las Termópilas como el autosacrificio de Timócrates en campaña, después de haber porfiado con ahínco persiguiendo a la nave ateniense. La sorprendente maniobra del adversario hizo zozobrar su nave y modificó radicalmente las reglas del juego bélico —como las cambió en Termópilas la irrupción aplastante de la masa persa—, indicando a Timócrates la vía correcta y gloriosa que debía tomar un soldado para no morir ahogado en el mar, sino en la cubierta del barco, sin dejarse dominar por la perplejidad ni por los titubeos⁴³.

Aquella inmediata resolución, sin embargo, no garantizaba que su cadáver recibiese sepultura, y todavía podía suceder que los dioses tolerasen que su envoltura mortal acabase descompuesta, para medro de los animales marinos. Tucídides fue bien consciente de este grave y común riesgo, y sabe que sus lectores experimentaban una angustia refleja, que no era sino la misma preocupación heredada que oprimía al hermano de Tebina y a todos los pobladores de la aldea de Taraua, los cuales compartían firmemente la idea de que si el tiburón digería todo el cuerpo, la perdición de Tebina estaba consumada, viéndose condenado a la extinción eterna⁴⁴. Este convencimiento era tan sólido y real, que conduce a su hermano Tabanaora a exponer su vida con tal de recuperar una parte del cuerpo, y por fortuna su empresa obtuvo excelente resultado: la hazaña de la que Grimble obtuvo testimonio directo sirvió para escribir una de las descripciones más bellas que puedan hallarse sobre los usos y pensamientos de los polinesios.

También las líneas consagradas por Tucídides a la muerte de Timócrates encierran su dosis de emoción, porque transmiten al lector la noticia de que la aventura emprendida por el espartano al clavarse la espada en el cuello tuvo digno y exitoso remate, ya que su cuerpo, salido a flote en el puerto de Naupacto, fue recogido por los propios atenienses. Tucídides no necesitaba añadir más, pues a ese ignoto lector le incumbía imaginar que los atenienses, siguiendo las costumbres griegas de la guerra relativas a los caídos de ambos bandos, devolvieron el cadáver a los espartanos o lo inhumaron en Naupacto mismo. La lección moral que ofrece esta corta digresión tucididea es ob-

⁴³ Según una conocida anécdota, tampoco debieron de flaquear los soldados espartanos guiados por Leónidas cuando, conscientes de la inutilidad e insignificancia de su resistencia en Termópilas, se permitían comentar que al anochecer todos coincidirían para cenar en el Hades, siendo así que nadie podía presumir que los persas hubieran de concederles sepultura. Pero no aceptar aquel suicidio anunciado habría supuesto vivir en el futuro ignominiosamente (Orig. *Cels.* II 17). Sobre esta anécdota véase D.S. XI 9, 4; Plu. *Moralia* 225 D; Orig. *ibid.*; Stob. III p. 331, 4; Sch.A.*Pers.* p. 421, 6 D;

Cic. *Tusc.* I 42, 101; Sen. *epist.* 82; Val. Max. III 2, ext. 3; Isid. *orig.* XX 2, 11.

⁴⁴ La razón de ello es que su familia no puede celebrar sobre el cuerpo los ritos que le libran de la red de Nacaa y franquean la puerta hacia la reunión con sus antepasados. De igual modo operaba el complejo mental funerario de los griegos: si no hay cuerpo, no existe sepultura, y sin ejecutar los ritos propios sobreviene la definitiva extinción e infamia; ya no cabe cruzar las puertas del Hades.

via y concisa: pese a los contratiempos que reparte el destino, muchas rectas acciones suelen tener al fin su recompensa, de forma que Timócrates no solamente liberó su alma en el momento de expirar, sino que recibió las honras fúnebres, preservando íntegros para la posteridad su nombre, su fama, su memoria heroica. Y a ello contribuyeron de modo decisivo sus adversarios, naupactios y atenienses, sacando el cadáver de las aguas y cumpliendo los θεσμοί de Adrastia. Eran los años de la Guerra del Peloponeso en que se combatía con nobleza, todavía muy lejos de los lamentables desmanes cometidos hacia el final del conflicto, cuando los naufragos fueron abandonados en las soledades del piélago y los prisioneros ajusticiados arrojados al mar, causando su exterminio.

Dejó escrito Schopenhauer: «Los dogmas morales pueden ser los mismos para todo un pueblo, pero los actos de cada individuo diferentes, y viceversa; pues la conducta, como la palabra, viene del sentimiento, lo que equivale a decir que no procede de conceptos, al menos en lo tocante a su valor moral. Los dogmas ocupan a la indolente razón; pero, independientemente de ellos, la conducta sigue su camino, guiándose casi siempre por máximas no abstractas, sino tácitas, y cuya expresión es precisamente lo que caracteriza al hombre»⁴⁵. Por ello, no cabe afligir a quienes, abrumados por el sentimiento, siguieron una conducta contraria a los preceptos de la moral griega, condenando a otras personas a desaparecer en el mar; pero era importante guardar constancia de aquellos casos en que los griegos supieron adecuar su comportamiento a las reglas ancestralmente asumidas por la sociedad, como hizo Timócrates, como hicieron los atenienses en Naupacto⁴⁶. Es la máxima, grave y serena, que en este pasaje esboza el gran historiador ateniense, evocando los destellos de un suceso vivido en aquellas fechas durante las cuales la Guerra del Peloponeso todavía se encontraba en sus albores.

FRANCISCO JAVIER FERNÁNDEZ NIETO

Departamento de Historia de la Antigüedad y de la Cultura escrita
Universidad de Valencia
 Fco.Javier.Fernandez@uv.es

BIBLIOGRAFÍA

- BERVE, H., 1956, *Dion* (Abh. d. Akad. d. Wissensch. u. Literatur in Mainz, Geistes- u. Sozialwissensch. Klasse, Jahrgang 1956, Nr. 10).
- BUSOLT, G., 1904, *Griechische Geschichte bis zur Schlacht bei Chaeroneia*, III 2. *Der peloponnesische Krieg*, Gotha.
- DÖLGER, F. J., 1922, *Ichthys*, II. *Der heilige Fisch in den antiken Religionen und im Christentum*, Münster.
- DUCREY, P. 1968, *Le traitement des prisonniers de guerre dans la Grèce Antique des origines à la conquête romaine*, Paris.
- EHRENBERG, V., 1936, «Timokrates (5)», *RE VI A1*, Stuttgart: 1264.
- FERNÁNDEZ NIETO, F. J., 1991, «Un ἄγραφος νόμος en el epistolario de Sinesio de Cirene», *A&C* 8, 17-22.
- FERNÁNDEZ NIETO, F. J., 2001, *Solino. Colección de hechos memorables o El erudito*, [Biblioteca Clásica Gredos 291], Madrid.

⁴⁵ Schopenhauer 2007, 69.

⁴⁶ Y esa capacidad de ajustarse a lo convenido deriva, como propuso agudamente Schopenhauer (2007, 97), de la perspectiva del hombre frente a la vida, que le permite disponer de una vida concreta y de otra abstracta: «esta existencia doble es la que, diferenciándole de los animales, faltos de pensamiento, da al hombre

esa sangre fría con la que premeditadamente, después de haberse resuelto y haber reconocido que es necesario, sufre con tranquilidad o efectúa con sus propias manos las cosas más importantes para él y, a veces, más aterradoras: suicidio, pena de muerte, duelos, empresas en que se juega la vida, y una multitud de actos contra los que se rebela su naturaleza animal.»

- FORNARA, Ch. W., 1971, *The Athenian Board of Generals from 501 to 404* (Historia Einzelschriften. Heft 16), Wiesbaden.
- GOMME, A. W., 1956, *A Historical Commentary on Thucydides*, Vol. II., Books II-III, Oxford.
- GRIMBLE, A., 1955, *Escogimos las islas. Entre los hechiceros, pescadores y poetas de las islas Gilbert del Océano Pacífico*, Barcelona.
- HASENFRATZ, H.-P., 1982, *Die Toten lebenden. Eine religionsphänomenologische Studie zum sozialen Tod in archaischen Gesellschaften. Zugleich ein kritischer Beitrag zur sogenannten Strafpfertheorie*, Leiden.
- HATZFELD, J., 1966⁵, *Xénophon. Helléniques*, Tome I (Livres I-III), Paris 1966.
- IMMISCH, P., 1931, «Necare», *RhM* 80, 98-102.
- KAHRSTEDT, U., 1922, *Griechisches Staatsrecht, I. Sparta und seine Symmachie. Mit vier Exkursen über den kretischen Staat, das korinthische Kolonialreich, das Wesen des archaischen Staates, die Amphiktionie von Delphoi*, Göttingen.
- LATTE, K., 1929, «Steinigung», *RE* III A 2, Stuttgart: 2294-2295.
- PORALLA, P., 1913, *Prosopographie der Lakedaimonier bis auf die Zeit Alexanders des Großen*, Breslau.
- SARTORIO, R., 1986, *Los Cínicos. Diógenes Laercio*, Madrid.
- SCHNAUFER, A., 1970, *Frühgriechischer Totenglaube der mykenischen und homerischen Zeit* (Spudasmata, Bd. XX), Hildesheim-New York.
- SCHOPENHAUER, A., 2007, *El mundo como voluntad y representación*, trad. castellana, Mestas Edic., Madrid.
- SIMEON, X., 1933, *Untersuchungen zu den Briefen des Bischofs Synesios von Kyrene*, Paderborn.
- SOKOLOWSKI, F., 1955, *Lois sacrées de l'Asie Mineure*, Paris.
- VERNANT, J.-P., 1982, «La belle mort et le cadavre outragé», en: G. Gnoli y J.-P. Vernant (eds.), *La mort, les morts dans les sociétés anciennes*, Cambridge-Paris: 68 s. (= J.-P. VERNANT, *L'individu, la mort, l'amour*, Paris 1989, y traducido al castellano en el libro J.-P. VERNANT, *El individuo, la muerte y el amor en la antigua Grecia*, Barcelona/Buenos Aires/México 2001).